

Pretexto

Las literaturas «pequeñas» en busca de sus lectores interculturales: el caso ecuatoriano¹

LÉI CON MUCHO INTERÉS la declaración del novelista argentino Andrés Neuman, que a los escritores ecuatorianos «no les queda más remedio que ser cosmopolitas, porque escribir en clave nacional es colocarse en una tradición postergada. Nacional es, sí, una palabra del pasado. De ahí que las nuevas generaciones hayan ‘desterritorializado’ sus obras –ambientándolas en el pasado o en un aeropuerto– y reformulado [sic] la vieja obsesión por la identidad» (*El País*, 21 abril 2010). Aunque me parece esencial que todo escritor tenga una absoluta libertad de escribir sobre cualquier tema que le plazca, y que Leonardo Valencia, novelista ecuatoriano radicado en Barcelona, tiene razón al sonar una voz de alerta contra el riesgo de que las literaturas «nacionales» se vuelvan «una cárcel asociativa, a veces incitada por un comercio literario centrado en el criterio referencial de lo ‘basado en hechos reales’» (*El Universo*, 16 marzo 2010), se me ocurre que ese viejo debate entre lo local y lo universal sigue enredándose en demasiadas generalizaciones y simplificaciones y, como consecuencia, nuestros esfuerzos por comprender las literaturas latinoamericanas con toda su complejidad se pierden a menudo en un sinnúmero de malentendidos conceptuales propios de la colonialidad del poder y la colonialidad del saber. De ahí hemos de preguntarnos: ¿en qué escritores ecuatorianos estaría pensando Andrés Neuman cuando hizo aquel comentario ya citado? En efecto, esta última pregunta se vuelve pertinente y necesaria especialmente en vista del comentario pronunciado por Ariruma Kowi, un poeta ecuatoriano bilingüe (kichwa y castellano):

Pensar Latinoamérica significa primero pensarnos a nivel local, fortalecernos a nivel local, querernos en nuestra diversidad. Luego, podremos expandirnos a nivel regional, nacional, latinoamericano y global, pues sin una consistencia local de la conciencia, seremos frágiles, susceptibles al consumo y a las novedades que a diario aparecen en las pantallas de la televisión que conviven con nosotros (en Zapata Silva, 123).

Sin duda alguna, esta misma discrepancia de criterios valorativos acerca del cosmopolitismo y lo nacional, junto con sus implicaciones para los estudios de la literatura, es la que Ignacio Echevarría pone de relieve en su ensayo titulado «Por una literatura pequeña» en que advierte que «más allá de la propia querencia del joven escritor de participar en una comunidad global, cosmopolita, nómada, la literatura ancla en lo particular y sólo desde allí alcanza la universalidad» (29).

Hace falta recordar lo relativo de toda referencia a lo «pequeño» y a los localismos que supuestamente nos privan de una deseada universalidad, tal vez más imaginada que real. ¿Habrán novelas más locales que *Mientras agonizo* y *El sonido y la furia* de William Faulkner? Sin embargo, se consideran novelas grandes y universales. Claro, se dirá con mucha razón que son grandes y universales precisamente porque Faulkner era un maestro de la creación narrativa. Pero yo me crié en Nueva Jersey —el Norte— y el Mississippi de los años 20 y 30 del siglo pasado me resultaba muy lejos, muy anticuado y muy «pequeño». ¿Y Faulkner? ... pues demasiado local y distante. Así pensaba cuando tenía apenas 15 años, y seguramente mi falta de experiencia y madurez intelectual me ofuscaba el panorama literario. Pero, curiosamente, no fue hasta años después, cuando había descubierto en castellano a Juan Rulfo y su *Pedro Páramo* y *El llano en llamas*, que pude comprender lo arbitrario y perjudicial de los esquemas imperiales y coloniales: es decir, yo, de EEUU, tuve que viajar primero a Comala y conocerla en castellano antes de poder apreciar a Faulkner y su Yoknapatawpha en inglés. Se entiende que Rulfo y su narrativa constituyen un solo referente dentro de mi inmersión paulatina y constante en el mundo hispano y latinoamericano; pero, el punto que espero resaltar es la absoluta centralidad —por no decir universalidad— de lo que para muchos es «local», «pequeño», «menor», «periférico», «marginal». Primero Comala y, luego, Ecuador me han sacado de mi encierro cultural para, así, conocer realmente al mundo.

Conviene evocar aquí al crítico peruano Antonio Cornejo Polar que había puntualizado hace tiempo que «la producción literaria, sin perder su especificidad en cuanto plasmadora de símbolos verbales, es parte y funciona dentro de la totalidad social, fuera de la cual —por consiguiente— resulta incomprensible» (484). Es precisamente esta «totalidad social» que se pierde cuando se insiste en dividir al mundo en dualismos, los mismos que inevitablemente conducen a jerarquías valorativas y normativas propias de la colonialidad que nos condenan a vivir en

un mundo excluyente y discriminatorio, un mundo que todavía no ha logrado comprenderse desde una complementariedad capaz de fomentar y alimentar la convivencia de las diferencias, ora culturales ora sociales.

De las acotaciones que Kafka expresó sobre las literaturas pequeñas, es muy pertinente que Ignacio Echevarría haya destacado lo político y lo colectivo como piedras angulares de la creación de las literaturas latinoamericanas. Desde la llegada de los primeros europeos a América, gran parte de la historia de Europa y sus ex-colonias se ha caracterizado por una lucha de poder frente a las diferencias coloniales que fueron inventadas e imaginadas precisamente para justificar la conquista y la colonización. En ese sentido hay que leer a Mario Campaña, poeta y crítico literario ecuatoriano radicado también en Barcelona, que ha puntualizado:

Porque somos, al menos en las esferas dominantes, en gran medida, una entidad pre-figurada por Occidente, un proyecto que en estas tierras ha tenido resultados más conflictivos que en Europa y Estados Unidos. No de nosotros sino de Europa y de Estados Unidos han venido, en gran medida, nuestra educación regular y nuestras ambiciones, nuestros anhelos e ideales, nuestras modas, nuestras ideas y nuestras metas. No existe aún esa América y mientras no exista, mientras no logremos su fundación, todo gobernante bien intencionado terminará repitiendo con Bolívar que ha arado en el mar, y que América es ingobernable. (19)

De ahí la necesidad, según Campaña, de construir una nueva civilización a partir de aquellas diferencias coloniales dolorosamente arraigadas en «el racismo, el machismo, la homofobia, las estructuras jerárquicas, que vienen de la colonia, el ideal competitivo, la obsesión por el lucro, la conducta de los intelectuales, muchos de los rasgos que afectan negativamente nuestra vida» (37).

Lamentablemente, pese a su actualidad, el llamado que hace Mario Campaña no es una novedad ya que hemos de comprenderlo como una clara expresión de un largo y continuo proceso de descolonización que atraviesa toda la historia cultural latinoamericana desde 1492. De hecho, esta misma descolonización constituye la respuesta latinoamericana por tomar control de las diferencias coloniales y hacerlas suyas a través de múltiples y heterogéneas resignificaciones de dichas diferencias. Así piensa el investigador boliviano Javier Sanjinés al referirse a Edgardo Lander y su concepto de la colonialidad del saber «que obliga a ver el mundo desde el

punto de vista epistémico occidental» y, por lo tanto urge «pensar desde la ‘diferenciación colonial’ que, agazapada detrás de la modernidad, organiza y da forma a un mundo alternativo de entender las cosas» (155).

Indudablemente, la identidad ocupa un lugar medular dentro de este proceso descolonizador y, en cuanto a la literatura y su papel en la construcción de las identidades específicamente, el problema de la representación emerge como un desafío interpretativo tanto para los creadores como para sus lectores. De nuevo conviene recordar a Cornejo Polar y su reflexión sobre la «totalidad social» ya que la literatura, consciente o inconscientemente, está en constante diálogo con otros procesos culturales y sociales que existen dentro y fuera de la llamada ciudad letrada.

Simón Bolívar expresó esta misma idea cuando proclamó en plena época independentista que «somos un pequeño género humano». Aparentemente, el Libertador comprendió y celebró la estrecha relación que existe entre «lo pequeño» y la totalidad, especialmente en lo que se refería –y que todavía se refiere– a la constitución de América Latina frente a Europa (y EEUU). Pero, no idealicemos esta doble condición ya que ha sido hartamente difícil reconciliar y consolidar las múltiples –y muchas veces, contradictorias– particularidades mientras que se sigue desconociendo su representatividad como «género humano» más allá de sus fronteras locales. De ahí los conflictos inherentes a «los pequeños» que Echevarría resalta en su ensayo: es decir, debido a una menor visibilidad e influencia en relación a los centros de poder, muchos latinoamericanos sienten una necesidad de adoptar «una identidad superior, más amplia y dilatada» (26). En cuanto a la creación literaria, Echevarría ubica este problema de identidad dentro de las fuerzas del mercado editorialista que condicionan lo que se escribe y lo que se lee.

Aunque muchos latinoamericanos a lo largo del continente siguen luchando por afirmar y por activar su representatividad dentro de las relaciones de poder que enmarcan el sistema mundo y que hemos de entender en términos de pensar localmente para actuar globalmente, hay los que prefieren situarse dentro de un impreciso cosmopolitismo supuestamente desterritorializado. Se comprenderá que este deseo no es ninguna novedad ya que atraviesa toda la historia latinoamericana y pone de relieve la medida en que la colonialidad (la construcción de «lo pequeño») y la modernidad (la construcción de «lo grande o universal») se completan. En otras palabras, la modernidad no existe fuera de la colonialidad y, por lo tanto, los llamados «pequeños» siempre han sido actores protagónicos de

la modernidad, aunque ese protagonismo se ha vivido con grandes sacrificios y en condiciones que todavía reclaman las refundaciones que se están debatiendo con mucha tensión en tales países «pequeños» como Bolivia y Ecuador, por ejemplo.

Se recordará que estas refundaciones que ya constan como principios básicos en las nuevas constituciones de Bolivia y Ecuador pretenden convocar a todos a romper las estratificaciones sociales y culturales que han relegado a los «pequeños» a los márgenes de las historias hegemónicas. Pero, en vez de pensar en términos de una desterritorialización o en un cosmopolitismo como solución, importantes sectores de los movimientos indígenas y afros, por ejemplo, están luchando por transformar la nación tradicional en una plurinación donde las relaciones sociales se conciben como el producto de una interculturalidad que «intenta romper con la historia hegemónica de una cultura dominante y otras subordinadas y, de esa manera, reforzar las identidades tradicionalmente excluidas para construir, tanto en la vida cotidiana como en las instituciones sociales, un con-vivir de respeto y legitimidad entre todos los grupos de la sociedad» (Walsh 41).

De modo que nuevos conceptos como la plurinacionalidad, la interculturalidad y la decolonialidad apuntan a aquella «nueva civilización» destacada por Mario Campaña, la misma que ha de fundamentarse en la convivencia, la complementariedad y el buen vivir, según enseñan importantes representantes de comunidades «pequeñas» a lo largo y ancho de América Latina y la Región Andina, concretamente.

Para concluir, vuelvo a mi referencia a Faulkner y Rulfo y la confluencia de vivencias tan distintas pero, a la vez, tan parecidas desde las cuales toda designación de «pequeños y grandes» se confunden y se complementan, no para eliminar las diferencias, sino para reafirmar la centralidad de todas las experiencias humanas. En EEUU, donde en la actualidad hay todo un énfasis en consolidar las particularidades en nombre de *World Literature*, *World History*, *World Geography*, corremos el riesgo de desplazar a todos los Rulfo habidos y por haber ya que supuestamente toda América Latina es un conjunto de países pequeños con literaturas pequeñas donde seguimos satisfaciendo nuestra curiosidad por lo «exótico» y, en el proceso, seguimos cultivando los excesos y las arbitrariedades de un colonialismo siempre en acecho, como enseñó José Martí en *Nuestra América* de 1891.

Hemos de recordar que Ignacio Echevarría defiende las literaturas pequeñas por su potencial «para refundar el pacto del escritor con su público,

de la palabra con su fuente y con su destino» (15). Creo que esa refundación vista desde aquella «totalidad social» que he citado ya varias veces puede facilitarse mediante la interculturalidad crítica que pretende ser una efectiva «herramienta para repensar y reconstruir las instituciones sociales y políticas de la sociedad bajo criterios que reconocen y confrontan la colonialidad aún presente» (Walsh 153). En efecto, ésta es, precisamente, una de las mayores lecciones que he aprendido leyendo literaturas «pequeñas» como la ecuatoriana, la misma que espero compartir en esta colección de ensayos míos que CECAL-Guaraguao ha tenido la generosidad de acoger.

NOTA

1. Una versión de esta breve introducción se publicó en *Guaraguao. Revista de Cultura Latinoamericana*. XIV, 35 (Invierno 2010), 33-38.

OBRAS CITADAS

- Campaña, Mario. *Necesidad de América*. Maryland: Q'Antaty Enterprises, 2010.
- Cornejo Polar, Antonio. «La literatura peruana: totalidad contradictoria», en Saúl Sosnowski, Ed. *Lectura crítica de la literatura americana. Actualidades fundamentales*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1997 (451-84).
- Echevarría, Ignacio. «Por una literatura pequeña». *Guaraguao. Revista de Cultura Latinoamericana*, XIV, 35 (Invierno 2010), 19-29.
- Kowi Maldonado, Ariruma. «Memoria, identidad e interculturalidad de los pueblos del Abya-Yala. El caso de los quichua Otavalo», en Claudia Zapata Silva, comp. *Intelectuales indígenas piensan América Latina*. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar y Abya-Yala, 2007 (113-25).
- Sanjinés C., Javier. *Rescaldos del pasado. Conflictos culturales en sociedades postcoloniales*. La Paz: PIEB, 2009.
- Valencia, Leonardo. «El mundo como protagonista». *El Universo* (16 marzo 2010). <http://www.eluniverso.com/2010/03/16/1>.
- Walsh, Catherine. *Interculturalidad, estado, sociedad. Luchas (de) coloniales de nuestra época*. Quito: Universidad Andina simón Bolívar y Ediciones Abya-Yala, 2009.